

FRONTERA INTERIOR Y ESTRATEGIA CONTEMPORANEA

Tte. Cor. ALVARO VALENCIA TOVAR



Introducción.

En artículo publicado por estas columnas en ocasión pasada, (1) analizaba la transformación que el concepto de frontera ha experimentado desde los orígenes de la Historia, hasta perder casi por completo su secular sentido estático para pasar, de simple concepto geográfico tangible, a la móvil idea de una línea no siempre materializable, tendida más como meta que como límite, para señalar la esfera de influencias mínimas de una nación y de sus altos intereses.

Me refería entonces a la frontera internacional en su sentido histórico. Pero la mutación de la guerra, que en el presente siglo ha revestido proporciones dramáticas con la aparición de armas formidables y conceptos nunca antes llevados al plano superior de la estrategia, ha venido a determinar variaciones sustanciales en todos los campos. La demarcación geográfica entre naciones dejó lugar a una idea más sutil de lineamientos cambiantes, en respuesta a aspiraciones e intereses de los diferentes Estados. Simultáneamente, hizo su aparición un nuevo concepto estratégico, aún no bien definido, pero del cual han de ocuparse tratadistas, militares, jefes de Estado, gobernantes: el de **Frontera Interior**.

¿Qué es la Frontera Interior de un País? ¿Qué representa en el campo estratégico? ¿Cuáles son sus implicaciones militares? ¿Cuál su vulnerabilidad? ¿Qué preocupaciones entraña para los hombres y entidades responsables de la defensa de una nación? He aquí un complicado panorama de inquietudes, que requiere esfuerzos infatigables y soluciones concretas, más difíciles de alcanzar si se tienen en cuenta la vaguedad e impresión de esta línea invisible, más necesitada de protección y defensa que la propia frontera exterior, en esta época de conmociones sociales y profundos disturbios ideológicos.

Concepto de Frontera Interior.

El proceso evolutivo de la guerra ha seguido una trayectoria comparable a la de un proyectil en el espacio. Fue en el pasado una lucha de ejércitos que llevaba aparejada la destrucción del vencido en brutales matanzas colectivas o en la esclavitud de su pueblo. Era, en cierta forma, una guerra total, no en el sentido de participación activa de los pueblos en el acto bélico, sino en sus desastrosas consecuencias.

El tiempo, y un cambio fundamental de actitud mental, trajo consigo una humanización relativa de la guerra, aislando las masas no combatientes de los efectos directos de la batalla. Se

(1) Revista de las Fuerzas Armadas, Nº 7
"El concepto de fronteras ante el Plan-teamiento estratégico Contemporáneo."

quiso hacer una lucha de puro acto de fuerza armada, liza romántica de gladiadores a través de la cual los Jefes de Estado dirimían sus querellas o buscaban la gloria, representada en ganancias territoriales e imposición de condiciones por lo general de un vasto alcance imperialista.

El desarrollo de la aviación, sin embargo, vino a interrumpir esta era "humanitaria" de la guerra. Ya el conflicto de 1914-18 trajo consigo el bombardeo a ciudades indefensas, si bien el poder mortífero de las bombas carecía para entonces de la capacidad destructora necesaria para alterar fundamentalmente el cuadro general de los conflictos. Pero la parábola comenzaba apenas el descenso, que se hizo casi vertical en las tres décadas siguientes. La Segunda Guerra Mundial significó un retorno integral a las edades bárbaras. El genocidio volvió a ser una de las armas de la guerra. Ciudades enteras fueron arrasadas por una tempestad de fuego descargada día y noche por nubes de aviones, y las masas no combatientes se integraron en un conflicto total que no conoce límites. Finalmente, Hiroshima y Nagasaki fueron el preludio tremendo de lo que han de ser las luchas del futuro, si es que el mutuo temor de los poderes enfrentados no basta para disuadir a sus líderes de la locura que habrá de adquirir con su desencadenamiento las proporciones de una catástrofe universal.

Con el retorno de la guerra total en su forma más despiadada, surgió un nuevo concepto de estrategia, en el que Hitler, ese némesis casi monstruoso de nuestro siglo, fue verdadero creador y maestro consumado: la acción directa o sutil, descarada o encubierta contra la mente del enemigo. **"Nuestra estrategia consiste en destruir al enemigo desde dentro, en conquistarlo a través de sí mismo"**. Estas palabras hitleria-

nas, nuevas entonces en el amplio campo de la guerra, no murieron con su autor bajo las ruinas de Berlín. Por el contrario, su eco se proyecta sobre los años indecisos de post-guerra y parece haber encontrado su mejor ámbito en la Rusia de Stalin y de Khrushchev.

Hitler inició un sistema de guerra incruenta donde las victorias en el campo de batalla, cuando llegaron a hacerse imperiosas, no eran sino el golpe de muerte asestado a un enemigo vencido de antemano. Un rico arsenal imaginativo de presiones psicológicas, una certera combinación de propaganda y diplomacia, el despliegue de fuerzas formidables, la cuña hábilmente introducida en caducos andamiajes de alianzas, el engaño, la sublevarción interior, daban al país convertido en objetivo de su política, la sensación de derrota y abandono mucho antes de que las fuerzas agresoras hiciesen su aparición en la frontera. Austria se anexó en una "batalla de flores". Checoslovaquia, abandonada, perdió parte de su territorio como precio precario de una paz imposible, y acabó por ser enteramente devorada. Y cuando la guerra se hizo inevitable, Polonia, Noruega, Holanda, Bélgica, Francia, los Países Balcánicos, se derrumbaron en la más impresionante serie de victorias que registre la historia. Es cierto que la maquinaria militar que las hizo posible fue un acabado producto de perfección intelectual y orgánica. Pero no lo es menos, que cuando tal instrumento se lanzó a la lucha, lo hizo tan solo para dar remate a la victoria psicológica ganada de antemano. En otras palabras, el enemigo había sido vencido y conquistado **desde dentro, a través de sí mismo**, como el propio Hitler lo anunciara repetidamente.

Apareció, en esta forma, un sistema de guerra si no desconocido, el menos

no practicado hasta entonces sino como un medio lateral de mínima importancia. Hitler lo sacó del anonimato, le dio cabida en la conducción de su alta política, hizo de él su principal herramienta para labrar los objetivos trazados al destino de la nación. A este género de ataque, se hace preciso oponer una defensa anticipada, con atención idéntica a la que a través de los siglos se ha otorgado a la protección de las fronteras del Estado. Y para que esta defensa pueda tomar forma, es imperioso trazar los lineamientos de una **Frontera Interior**.

Frente Interno y Frontera Interior.

Podría pensarse que nada hay de nuevo en esta denominación de la Frontera interior y que ella no viene a ser nada distinto del Frente Interno, cuya atención de los Estados comprometidos en un conflicto bélico se ha hecho aún mayor bajo el imperio de las necesidades económicas, más decisivas en la era de las guerras de material que en ninguna otra etapa de la Historia. Existe, sin embargo, una profunda diferencia entre los dos conceptos. Veamos por qué.

El Frente Interno, sobre el cual se comenzó a pensar con verdadera inquietud a lo largo de la Primera Guerra Mundial, se produce cuando la querella ha estallado ya. Siendo también un concepto nuevo en su magnitud, es tan antiguo como la guerra misma, si bien los conductores del pasado no le otorgaban por lo general la importancia que ha llegado a tener en nuestro tiempo. Innumerables episodios de todas las épocas, recuerdan el significado de este concepto de orden esencialmente moral, pero apoyado en factores materiales, de supervivencia colectiva. Un Frente Interno vigoroso, cohesionado, fruto de una mística nacional, ha producido "milagros" tan relevantes como la resistencia fran-

cesa del Siglo XVIII contra las monarquías coaligadas que pretendían aplastar la Revolución, o fenómenos de sacrificio integral como la defensa de Cartago contra los Romanos en la última de las guerras púnicas. El propio Hitler se estrelló contra un Frente Interno formidable cuando pretendió derribar la resistencia inglesa. Pero todos estos hechos no son sino una parte del acto bélico total. Son un **Frente**, no una **Frontera**. Implican un **lugar**, en la batalla, no un **límite** permanente y vital, trazado por un país para demarcar intereses ligados con su propia supervivencia, el que debe ser protegido desde tiempo de paz, y defendido con todos los medios una vez la guerra hace su aparición. Es allí cuando la Frontera de paz pasa a ser un frente de lucha.

Tampoco la Frontera Interior puede ser considerada como una simple evolución del concepto de Frente Interno. Es, a mi juicio, una idea nueva, producto de una época y de una nueva concepción de la guerra, que Hitler inició y sus herederos intelectuales en el campo de la estrategia política han perfeccionado hasta el extremo, ganando con ella innumerables batallas, antes de que sus adversarios ideológicos se percataran del valor formidable de este método de lucha y se dispusieran a hacerle frente.

Lineamientos de la Frontera Interior.

En la misma forma que un Estado se preocupa por dar a su Fronteras contornos acordes con sus aspiraciones nacionales, y crea un instrumento armado para protegerlas, debe delinear nítidamente su Frontera Interior y prepararse a defenderla con idéntico espíritu de lucha y con un criterio tan arraigado de soberanía como los que lo animan cuando se ocupa del límite material del país.

Sabiendo que la amenaza existe den-

tro de los propios límites externos del Estado, y que el ataque ha de venir del interior de la propia heredad, ningún país puede descansar tranquilo sobre la convicción de que una política internacional de tipo pacifista la coloque al margen de la guerra, o que unas fronteras bien custodiadas le aseguran una paz duradera. Este hecho evidente se hace más vívido en las pequeñas naciones, en particular si pertenecen a la masa todavía impresionante de países en desarrollo incipiente, donde la magnitud de los problemas socio-económicos excede con frecuencia la capacidad de solución.

Ante el peligro latente, ha de trazarse una frontera que demarque el máximo límite de avance que puede concederse al enemigo interior. La democracia, bello concepto de la vida que significa en primer término **libertad**, no puede permitir que dentro de la amplitud de este término por cuya realidad ha luchado el hombre desde el comienzo de las edades, pueda concebirse, afianzarse y lanzarse luego al asalto contra la existencia del Estado que la hace posible. Democracia no puede significar debilidad ante hechos incontrovertibles, ni las libertades humanas han de amparar a su enemigo histórico. Las verdaderas Democracias, Atenas en el pasado, Inglaterra y los Estados Unidos en la época contemporánea, han demostrado poseer dentro de sí mismas fuerzas formidables que han garantizado su existencia. Y en el presente, los más contados representantes del ideal democrático ha sabido delinear firmemente esa frontera interior, ante la cual han alineado la fuerza formidable de una conciencia nacional adversa a la ideología totalitaria, e impenetrable al ataque abierto o soterrado del enemigo interior.

Peligros que amenazan la Frontera Interior.

La realidad misma, patente en trágicos sucesos desarrollados a lo largo de estos tres convulsionados lustros que han transcurrido desde la finalización de la Segunda Guerra Mundial, es el mejor texto para enseñar a los pueblos libres los peligros que amenazan su supervivencia como tales. Rusia aprendió la lección de Hitler, y sus conductores han llegado a superar en sutileza la mágica habilidad de su estrategia política, para hacerse al dominio de los Estados sin disparar un tiro o poner en marcha la poderosa maquinaria de su fuerza militar. La Guerra Revolucionaria, la sublevación interior, el golpe de Estado, las organizaciones de fachada, la penetración ideológica de las masas desposeídas, la utilización de materias primas inflamables en la conciencia amargada de las clases menos favorecidas, el hábil manejo de la rebeldía propia de las generaciones jóvenes, no son sino una parte de la riquísima gama de recursos puestos en juego por los herederos de Lenin y de su devastadora filosofía.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, Rusia era el simple fenómeno interior de un Estado, poderoso y extenso sí, pero aislado en su propia inmensidad. En quince años, sus tentáculos se han extendido por el mundo entero. China con sus miríadas de seres cayó en su órbita por el simple proceso de la revolución interna, desarrollada con un mínimo de apoyo y victoriosa a base de las armas que las democracias le habían entregado generosamente para salvar su independencia nacional. Polonia, por cuya causa se había incendiado Europa en 1939, Hungría, Rumania, Bulgaria, Yugoeslavia, pasaron a la trágica situación de Estados satélites del Imperio despiadado y brutal. Checoslovaquia se tornó comunista

por un simple golpe de Estado que llevó una resuelta minoría bolchevique al poder. Media Alemania fue devorada sin que el clamor de sus gentes desesperadas se haya escuchado por el amo Todopoderoso. Corea, Indochina, Laos, son toques de alarma que, no por distantes dejan de hacer sentir su ominoso tañido. El Medio Oriente trepida sobre una débil corteza, capaz apenas de cubrir las fuerzas volcánicas de una tremenda convulsión subterránea. África nace a la vida autónoma sin entender aún la libertad, y se convierte en objetivo inmediato del asalto comunista. La América Latina, agobiada por sus tremendos problemas, siente correr por sus venas el virus mortal, que en Cuba ha producido la primera ulceración de impresionante capacidad contagiosa.

Huelgas, motines callejeros, asonadas, estallidos populares brotan por doquier en América, en tanto que minorías adiestradas y resueltas permanecen al acecho, listas a encauzar cuanto frote de inconformidad o episodio conflictivo llegue a producirse, hacia fines tan claros y obvios que la propia Democracia, confiada e indolente, no quiere ver en su prístina diafanidad. El peligro, cada vez mayor, que bulle en esta pasión desbordada, golpea reciamente a nuestras puertas, demasiado endeble por carencia de una determinación, de una voluntad definida de hacerle frente.

Defensa ante el peligro.

Quizá no existe vulnerabilidad mayor para una fuerza cualquiera, que la subestimación del enemigo. Hitler fue subestimado en su tiempo, al igual que la cauda formidable de la mística nacional que supo despertar en la hora crucial de su destino. La Revolución China fue subestimada. Los preparativos que Norcorea realizaba en el campo militar, lo fueron también, y cuan-

do el torrente se desbordó hubo necesidad de poner en pié a la nación más poderosa de su época para contenerlo. La misma Rusia fue subestimada en su capacidad tecnológica, y se requirió del primer satélite puesto en órbita para que América despertara de su letargo de potencia victoriosa, y se percatase de que su gigantesco poderío basado en los adelantos de la ciencia había sido sobrepasado en sus proporciones terrestres mientras el del ruso alcanzaba las estrellas.

Las Democracias tienden a subestimar las corrientes subversivas que agitan y golpean bajo la calma aparente de una vida tranquila y rutinaria. La conciencia ciudadana, acuciada por problemas individuales de trascendencia personal, es adversa a oír de otras dificultades que afecten el cómodo disfrute de sus escasas expansiones. ¿El Comunismo? Una hiperestesia de gentes sin oficio, miedosas y pusilánimes.

Le defensa estriba, precisamente, en despertar la conciencia nacional. En hacerle ver el peligro en su descarnada realidad. En convencerla de que en la inercia se encuentra la mayor indefensión ante el ataque. En demostrar al industrial, al capitalista, a las clases dirigentes, a los poseedores de grandes fortunas, que para disfrutar de sus repectivas posiciones se hace preciso adquirir un claro concepto de sensibilidad social que se anticipe a los problemas y busque soluciones constructivas.

El letargo nacional que generalmente precede a las horas de crisis, es el primer paso hacia el derrumbamiento. Es preciso formar una conciencia viva ante el peligro común, y disponer las defensas antes de que el organismo sea devorado por el virus que ya corroe lentamente sus entrañas.

Pero, por sobre todo, es imperioso delinear una **frontera interior**. En otras palabras, señalar límites precisos a la

tolerancia democrática, ante los desmanes de la anarquía y los abusos de los derechos que la propia democracia otorga. Esta Frontera Interior requiere un Plan preciso, inteligentemente concebido para su cobertura permanente y su ulterior defensa, si esta cobertura llega a ser amenazada. Es lo mismo que se hace con la Frontera Exterior, que no se desguarnece y abandona para que su misma debilidad sirva de atractivo al adversario potencial.

Democracia y Comunismo. El Caso Colombiano.

El mundo de nuestro siglo se encuentra partido irremediablemente por una clara línea de antagonismos insolubles, al menos mientras algún fenómeno imprevisto - aunque no imprevisto - altere la actual posición de los hemisferios en lucha.

Dentro de este planteamiento, cada día resulta más claro que la iniciativa estratégica ha pasado a poder de Rusia, si bien la cadena de éxitos iniciales ha encontrado gradualmente una más resuelta oposición, y algunos vislumbres de contraofensiva, si bien dentro de una defensa global.

Las razones para esta incómoda posición del Occidente estriban en diferencia de sistemas y de ideologías que inspiran a cada uno de los dos mundos enfrentados. La Democracia conlleva, al lado del anhelo de libertad que la inspira, un respeto inmodificable hacia la libre determinación de los pueblos para elegir el sistema de gobierno que a cada cual le convenga, y lo más que puede hacer es extender su apoyo para que la voluntad de las mayorías no sea subyugada por minorías organizadas, agresivas y resueltas, técnica y mentalmente accionadas por el imperio soviético. Algo más: en el desequilibrio de potenciales que caracteriza al Occidente en los campos

de la economía y de la industria, el poderío anglosajón bien puede verterse hacia los países en desarrollo para eliminar algunas de las condiciones más morbosas que sirven de argumento y constituyen campo propicio para la penetración comunista. La reciente reunión en Punta del Este constituye un experimento de indudable trascendencia para negar al enemigo el acceso a la miseria, peldaño indispensable para continuar hacia el dominio del poder.

Pero ni siquiera los Estados más ricos y organizados pueden considerarse indemnes a la acción soterrada del comunismo, sino guarnecen adecuadamente su Frontera Interior, aseguran sus puntos más débiles y organizan su defensa con cuidado idéntico al que podría encubrir una frontera vulnerable contra el enemigo dispuesto al ataque desde la periferia.

Y si esto ocurre con las grandes potencias, más sólidas razones pueden deducirse para los pequeños Estados, en particular para aquéllos donde la transformación industrial comienza a producir masas urbanas inestables, y por ende propensas al descontento explotable, a la lucha de clases, al estallido pasional; donde el agro es sacudido por profundas inquietudes que claman por un reacondicionamiento de sistemas, tan integral que pasa a servir de bandera para quienes claman por una revolución como único sistema de lograrlo.

Colombia constituye, quizá en mayor grado que las demás naciones del Hemisferio, un caso patente de estas fuertes presiones sociales y económicas. Una profunda inquietud satura el ambiente nacional. De los campos llega aún la queja amarga de la violencia irredenta. El toque pasional sigue siendo la nota más estridente de las luchas partidistas, sin que las amargas experiencias del pasado hayan produ-

cido la franca reacción que sería de esperar, a fin de imponer una orientación más civilista, más mesurada, más patriótica a los conflictos sectarios. En este estado de cosas, hemos pasado a constituir, involuntaria y ciegamente, un medio propicio para el desarrollo de la acción corrosiva del comunismo.

Pero, lo que es aún más grave, no hemos pensado siquiera en delinear la Frontera Interior sobre la cual pudiésemos contener la progresión del virus que circula sin freno alguno por las arterias de la nación. Estamos subestimando al enemigo, como lo han hecho antes de nosotros quienes han caído en sus garras. Un inconsciente exceso de confianza nos mueve a creer que estamos a salvo del ataque, sin darnos cuenta de que países menos aquejados por circunstancias adversas nos han precedido en el camino hacia el abismo.

¿Cuál es la posición del enemigo interno? No podría ser más favorable para conducir su acción destructora: la libertad absoluta para moverse, conducir su propaganda claramente subversiva, incitar al motín, dirigir y encabezar las pedreas lanzadas irreverentemente contra la majestad misma de la Patria, presente en sus edificios nacionales y en los símbolos de la autoridad constituida. Libertad incondicional para atacar y herir cuanto es nuestro, con el impulso de una ideología foránea, internacionalista, apátrida.

En estas condiciones, la Democracia está entregándose, indefensa, en manos de su más encarnizado enemigo. La libertad que la inspira se ha constituido en el mejor escudo para el adversario de toda libertad. La tolerancia de un sistema que tan claro nos ha sido a través de ciento cincuenta años de vida independiente, se ha convertido en debilidad inexcusable ante quienes no la han de tener hacia nada ni

llegan a alcanzar sus claros propósitos.

La Fuerza Armada de Colombia, por tradición, por lealtad hacia la Patria que sirve, por claros mandatos de la historia nacional, es adversa a un sistema que ataca cuanto ella sirve. Por tanto, necesita, pide, demanda, una orientación precisa que no puede existir mientras no se demarque la Frontera Interior que debe ser cubierta. Y esa Frontera, preciso es decirlo, no ha sido señalada. Un ambigüo, que no puede imaginarse cuando hay de por medio circunstancias tan trascendentales, se cierne como espesa neblina sobre lo que debería ser esa Frontera Interior. Y a su sombra se prepara el ataque, que no deseamos considerar para no inquietarnos, ni alterar la artificiosa calma que nos rodea, ni escuchar el lejano tronar de la tormenta que se avecina.

Constitucionalmente, a través del más fervoroso acuerdo de la voluntad colombiana manifestado en el plebiscito de 1958, solamente son legales para efectos políticos los partidos tradicionales. El Comunismo, en esta forma, proscrito a medias, ha pasado a ocupar una posición privilegiada, contrariamente al espíritu que inspiró tal plebiscito. No puede elegir sus hombres, lo cual nada significa por cuanto la actual minoría numérica tampoco le permitiría hacerlo. Pero no es secreto que varios de sus miembros figuran en nómina activa de las Cuerpos Legislativos de la Nación, usufructuando banderas ajenas. Esto quiere decir en términos exactos: el Comunismo, incapaz como partido político para llegar al poder, puede hacerlo a la sombra de ideologías que en realidad le son adversas pero en las cuales le resulta posible infiltrarse.

Por otra parte, esta curiosa posición le permite ocultar sus efectivos, medrar a costa de los partidos tradicionales, ampararse a su sombra, entre-

mezclarse en sus filas, aferrarse tesoramente a las posiciones claves en el ramo sindical, en los organizaciones laborales, en la estructura universitaria.

Su propaganda se esparce descaradamente por todos los ámbitos de la Nación, llega al campesino, al obrero, al estudiante. Golpea las puertas del pobre, del desesperado, del huérfano social. Serpea entre la miseria. Hace de la angustia y el desamparo sus propias herramientas. Aguijonea la inconformidad de toda frustración individual. Excita todo desborde pasional de una raza superemotiva. Explota la tragedia campesina. Se hace eco de todas las protestas, para luego desviarlas hacia el motín y la asonada.

¿No habrá llegado la hora de trazarle un límite claro, inconfundible, más allá del cual no puedan llegar sus desmanes ni actuar su enjambre de lacayos de una potencia extranjera?

La Democracia, la Libertad, no pueden ser vehículos ingenuos de su propio aniquilamiento, ni amparar con garantías a quienes laboran por destruirlas.

En otras palabras, se hace imperioso delinear la Frontera Interior. Y sobre ella, concentrar la defensa nacional en la certeza de que no son los límites intocables de la Patria los que peligran en la hora presente, sino esta desoladoramente débil y desguarnecida línea que nadie se ha tomado el trabajo de trazar, pero que la Fuerza Armada requiere para el cumplimiento de su misión nacional.

La soberanía de un Estado no reside ya, exclusivamente, en la salvaguardia de sus fronteras nacionales. Hoy, por razón de este vuelco fundamental de la estrategia, debe afianzarse con todas sus fuerzas, sobre una clara e intocable fortaleza interior.

“Especialmente en lo militar, a pesar del temor que infunden todas las armas de destrucción en nuestro arsenal de guerra, hasta en esta era nuclear, el “HOMBRE” sigue siendo el arma más importante; el “HOMBRE” con sus esperanzas y temores, su valor increíble y aún a veces su humillante cobardía; el “HOMBRE” con su insuperable voluntad y determinación, atacando sangriento en el fango y en el cieno para grabar sus iniciales en el pecho del enemigo. Hasta la fecha nuestros estudios y experimentos científicos no han podido indicar razonable y válidamente que el hombre pueda ser eliminado alguna vez de la ecuación del éxito en el campo de batalla; que él y su poder de pensar lógicamente, que Dios le ha otorgado, nunca dejarán de dominar el campo de batalla.

Mayor General U.S.A. Lionel C. McGarr